

## La lengua del Imperio pequeñito

CARLOS LUIS RODRÍGUEZ

**S**UELE decirse que en Galicia hay dos comunidades lingüísticas, pero en realidad existen tres: la que habla habitualmente el castellano, la que se expresa en gallego escolástico y la que se desenvuelve en el gallego popularizado por gentes como Xan das Bolas, Carlos O Xestal o David Vidal.

Este último colectivo es el más sufrido. Durante muchos años, siglos, padece persecución, humillación, descrédito y vergüenza a manos de una autoridad empuñada en la imposición de la lengua castellana, idioma del Imperio. El gallego hablante es palurdo, ignorante y atrasado; la lengua es un estigma que lo acompaña siempre para facilitar su **apartheid** social. El gallego era el idioma de las chachas que iban a servir a la ciudad, del emigrante empleado en una portería o en la construcción, de las vendedoras de la plaza, del pariente pobre que venía de la aldea para visitar a unos primos lejanos, en suma, a lingua proletaria glosada por

Celso Emilio. Sólo quienes lograban erradicarlo de su vida y adquirir un castellano fluido podían aspirar a incorporarse a la gente fina.

En la gente fina se produjo una escisión. Parte de ella, intelectuales, políticos, filántropos, promueven la recuperación del gallego y se ponen a hablarlo y escribirlo. En principio da la sensación de que desertan del campo de los castellano-parlantes para hacer causa común con todos aquellos gallegos que padecían discriminación no a causa del color, como los negros, sino por culpa del habla.

Vana ilusión. Poco a poco ese gallego empleado por los **desertores** se va recreando, sofisticando, complicando y alejándose del gallego popular, hasta derivar en un idioma novedoso, alejado del castellano, pero también del gallego que había permanecido vivo en la Galicia aldeana. Los misioneros de la nueva galleguidad no quieren disolverse sin más en la masa de gallego-parlantes sino singularizarse,

dejar claro que siguen siendo una élite aparte.

Lo consiguen, pero, como es natural, no logran incorporar a la gran masa galleguizada a sus filas ni seducir a la porción castellanizada del país. Se quedan solos configurando un tercer grupo lingüístico que predomina en los medios culturales, literarios, informativos, y en ciertos sectores de la política. Pero ni la aldea ni la ciudad hablan como ellos. La coexistencia es pacífica, reina la tolerancia mutua; no obstante las fronteras entre una y otra demarcación permanecen inmutables.

Cuando llega alguien como David Vidal y las traspasa para hablar en televisión en el gallego que se habla de verdad, surgen los puristas para reclamar corrección idiomática al dicharachero adiestrador, que contraatacaba ayer en estas páginas aduciendo que ése y no otro es el idioma que mamó. Sí, pero al galleguismo fino no le gusta porque tiene su propia lengua del Imperio, aunque éste sea pequeñito.